

El fuego femenino... permanece síntoma[®]

Nilda Hermann

“El fuego femenino” es el bello título de un seminario de Graciela Musachi donde afirma que “...la feminidad no es asimilable a las mujeres sino a una posición del sujeto sexuado que puede ser o no la de una mujer. Otra cosa que la doxa y que la feminidad es la sexualidad de una mujer (*weibliche Sexualität*) que, en su semblante puede alienarse en las representaciones de la cultura pero que en su goce se ausenta de ellas”.¹

Para adentrarnos en esta cuestión recurriremos a Madeleine Rondeaux, en particular a un episodio bastante conocido, en su relación con André Gide, del que Lacan en su comentario “Juventud de Gide” ha destacado la dimensión del acto, y que situamos en la perspectiva del límite lacaniano, sostenido en su *Seminario Aún*.

Mujeres entre semblantes y síntoma, en la civilización

En la Conferencia “Las mujeres, entre semblantes y síntoma”,² la mujer síntoma es presentada por Eric Laurent como una formulación conceptual delicada en Lacan. Las mujeres son el síntoma, y dicen mucho sobre lo que son de las civilizaciones donde están. El estatuto de la mujer en nuestra época globalizada, aparentemente uniformizada, con un triunfo de cierto capitalismo adaptado en todas las civilizaciones, tiene un fetichismo de la mercancía absolutamente vigente. Sin embargo hay un estatuto *una por una* de las mujeres, y este es un estatuto que no se globaliza, al contrario, se diferencia.

Y sostiene que lo que era para Freud un enigma que las mujeres tienen, Lacan lo instaló con su lógica de los goces como un enigma a descifrar a nivel del goce. Si del lado del goce fálico hay algo que se cifra, del lado del goce femenino se trata de algo a descifrar.

Retomando del cuento de Edgar Allan Poe “La carta robada”, el personaje de la Reina, señala el lugar de la Reina en su silencio, un silencio a descifrar en el siglo XX. Y que calificar a la mujer de “síntoma”, como lo que hay que descifrar, nos permite salir de lo demasiado marcado de la relación de las mujeres con la mascarada femenina, con el semblante.

La fuerza de Lacan es decir que si el goce femenino es un enigma a descifrar, no lo es para los hombres solamente; toda la civilización está metida en esto, incluso las mujeres.

A partir de que un sujeto considera que el goce femenino es un enigma a descifrar, lo que el amor permite es *hétero*. O más bien, que ha encontrado algo *hétero* a sí mismo.

Y esto puede funcionar incluso para los sujetos homosexuales en esta generalización. Por supuesto, decir que el que ama a una mujer es *hétero* no implica que

[®] En la edición impresa de la revista Enlaces N° 27 continúa esta *Dossier* donde encontrará los siguientes artículos: “Del amor a la libido. Hasta nuestra carne” por María Leonor Solimano, “Lo real del amor” por Fabián Fajnwaks; “El Otro es el Uno en menos” por Dalila Arpin y “Es caprichoso el azar” por Marcela Fabiana Mas.

los homosexuales no tengan precisamente una relación con esto. Es la sorpresa que dio Lacan cuando presentó su comentario sobre la homosexualidad de Gide, donde subrayaba precisamente como núcleo central de su vida el papel desempeñado por su esposa Madeleine, la fijación y el enigma que ella fue para él. Todo en esta posición de “mujer síntoma” complica y enriquece lo que es el síntoma en la civilización.

Lo veremos en la singularidad de la prima y esposa de Gide, Madeleine Rondeaux.

El amor único

Lacan, en su comentario “Juventud de Gide, o la letra y el deseo” de 1958, sobre el libro *La jeunesse d'André Gide* publicado por Jean Delay, se refiere a “La enorme correspondencia con su madre hasta la muerte de esta, cuando él tiene veintiséis años; un paquete de cartas inéditas, cuya reunión por los allegados hace aumentar el alcance de edificio proporcionalmente al cuadrado de su masa junto a las cartas publicadas”.

Y dirá: “En esa masa hay que tener en cuenta el vacío dejado por la correspondencia con su prima, más tarde su esposa, Madeleine Rondeaux. Un vacío cuya ubicación, cuya importancia al respecto diremos, más adelante, con su causa”.³

El comentario de Lacan es pormenorizado y construye el “caso” según las coordenadas del avance de su enseñanza, que en materia de la feminidad es correlativa de su escrito “Ideas directivas para un Congreso sobre la sexualidad femenina”.

Recordando la advertencia de Lacan en este escrito, nos adentraremos en él: “El psicoanálisis solo se aplica, en sentido propio, como tratamiento y, por lo tanto, a un sujeto que habla y oye”.⁴

Algunas coordenadas infantiles sobre las condiciones de amor de Gide

“...en dos generaciones de alianza protestante, las mujeres hacen de esta familia un feudo de religionarios y un parque de maternaje moral. (...) en el momento de morir su padre, cuando él tenía once años, nos dice haberse sentido súbitamente envuelto por aquel amor que de allí en adelante se cerraba sobre él en la persona de su madre. (...)”

¿Qué fue para ese niño su madre, y esa voz por la que el amor se identificaba con los mandatos del deber? Se sabe bien que para querer sobremanera a un niño hay más de un modo, y también entre las madres de homosexuales”.⁵

Jaques Alain Miller, en su trabajo sobre el comentario de Lacan, “Acerca del Gide de Lacan”, advierte: “La anotación de Lacan indica primero que la madre no simboliza su deseo en el falo, que Gide no es un niño deseado, que no es el niño falicizado. Por el contrario tenemos una respuesta muy precisa a la pregunta ‘¿cuál es este amor?’, que muestra en qué sentido es exclusivo, como lo singular del amor plantea una pregunta. Porque es un amor identificado al deber. Tenemos pues una disociación entre el amor y el deseo, amor // deseo y, por el contrario, una identificación al deber, amor = deber, más precisamente al mandamiento del deber”.⁶

Y del goce... un recuerdo...

“...el recuerdo del Gide niño auscultando en el espacio nocturno los modulados sollozos del desván donde Marie y Delphine, las sirvientas –esta última la desposada del día siguiente– desgarran su unión”.⁷

Juventud de Gide y el matrimonio blanco

Leemos en la traducción al español del *Journal André Gide*:

“1882 *Noviembre-diciembre*: estancia en Ruán en casa de la familia Rondeaux. Descubre el sufrimiento de su prima Madeleine (nacida en 1867) debido al adulterio de su madre, Mathilde.

[...]

1891 *Enero*: Madeleine, a quien Gide ha regalado el primer ejemplar de su libro, rehúsa el matrimonio.”

[...]

1895 *31 de mayo*: muerte de su madre.

17 de junio: compromiso matrimonial con su prima Madeleine Rondeaux. El cambio de actitud de esta se debe principalmente al deseo expresado en su lecho de muerte por la madre de Gide.

7 de octubre: se casa con Madeleine. Viaje de bodas por Suiza, Italia [...] y norte de África...”⁸

Lacan interpreta en su comentario que el propio Gide no temió comparar su unión, por muy burguesamente sellada que estuviese, con la unión mística de Dante con Beatriz.

“El niño Gide, entre la muerte y el erotismo masturbatorio, del amor no tiene más que la palabra que protege y la que prohíbe; la muerte se ha llevado, con su padre, la que humaniza el deseo. Por eso el deseo está confinado, para él, a la clandestinidad.

Una tarde, de la que nos ha hablado, fue para él la cita con su destino, la iluminación de su noche y su compromiso con los anhelos. Anhelos en nombre de los cuales debía hacer de su prima Madeleine Rondeaux su esposa, y que le abrieron lo que él sostuvo hasta el fin haber sido el amor único”.⁹

El silencio de Madeleine

Gide relata en *Et nunc manet in te*, el diario escrito y publicado luego de la muerte de su esposa, el regreso en tren de su viaje de bodas, y los juegos en las estaciones con jóvenes colegiales vecinos de su compartimento:

“...asomado por la ventanilla lateral, mi mano podía alcanzar el brazo de uno de los colegiales que se divertía inclinándose hacia mí, y se prestaba al juego riendo; y yo saboreaba deliciosas torturas palpando la vellosa carne ambarina que ofrecía a mi caricia. [...] Luego partió el tren. Volví a sentarme, jadeante, palpitante, y simulé hundirme en la lectura. Madeleine, sentada frente a mí, no decía nada, fingía no verme, no conocerme...”¹⁰

El acto de Madeleine

El ser hablante se pierde en el nivel de la relación sexual, así interpreta Eric Laurent lo que Lacan sostuvo en su Conferencia pronunciada en la Universidad Católica de Lovaina, el 13 de octubre de 1972. Y Lacan allí afirma que para lo que es del ser hablante, hay algo que se llama el acto, y eso constituye ahí, sin la menor duda, el sentido; la característica del acto en tanto que tal es exponer su vida, arriesgarla; es estrictamente su límite.¹¹

Laura Freixas, en su prólogo a la traducción al español del *Journal André Gide*, afirma el momento álgido de lo que Gide llama “el drama secreto de mi vida”, “se produce el 21 de noviembre de 1918 —el episodio se ha hecho célebre—: Gide descubre que Madeleine, sola en la mansión campestre de Cuverville, mientras él pasa una temporada en Inglaterra con el joven Marc, ha quemado —tras haberlas releído una por una— todas las cartas que había recibido de él”.¹²

Lacan se pregunta: “¿Por qué no ver que la que estuvo indudablemente absorta en el misterio del destino que la unió a André Gide, se sustraería con igual tino a toda aproximación mundana, que se sustrajo —¡Y con qué firmeza gélida!— a un mensajero tan seguro de ser portador de la palabra del cielo para inmiscuirse en su alcoba?” Y avanza en el desciframiento: “Hasta dónde ella llegó a ser lo que Gide la hizo ser, permanecerá impenetrable, pero el único acto en que nos mostró separarse enteramente de ello es el de una mujer, una verdadera mujer en su integridad de mujer. Este acto fue el de quemar las cartas —que son lo que tuvo “de más precioso”. Que no nos dé otra razón sino que “tuvo que hacer algo”, le añade el signo de desencadenamiento que provoca la única traición intolerable”.¹³

André Gide se enamora de Marc, treinta años más joven que él, hijo de Élie Allégret, el pastor protestante que había sido nombrado tutor de Gide a la muerte de su padre.

Lacan dirá: “El amor, el primero al que accede fuera de ella este hombre cuyo rostro le ha traicionado cien veces la fugaz convulsión, ella lo reconoce en lo que lee sobre su cara: menos nobleza, dice sencillamente. Desde ese momento, el gemido de Gide, cual el de una hembra *de* primate golpeada en el vientre y donde brama el despojo de ese doble de sí mismo que eran sus cartas, por lo cual las llama su hijo, no puede aparecérsenos sino colmando la hiancia que el acto de la mujer quiso abrir en su ser, excavándola lentamente una tras otra con las cartas arrojadas al fuego de su alma llameante. [...] Hay que hacer Justicia a J. Schlumberger por haber reconocido este lado femenino de los largos llantos de André Gide [...] André Gide, revolviendo en su corazón la intención redentora que atribuye a esa mirada que nos pinta ignorando su jadeo, a esa pasajera que atraviesa su muerte sin cruzarla, se engaña. ¡Pobre Jasón partido a la conquista del vellocino de oro de la dicha y que no reconoce a Medea!”¹⁴

El *fuego femenino*, ha alcanzado en su ardor a los *partenaires* del “matrimonio blanco”.

Amor, deseo y goce, no se recubren

La pregunta de Lacan sigue abierta “¿Qué habría sucedido si Madeleine hubiera ofrecido a André una figura de Mathilde su madre —a la que se parecía— reanimada por el color del sexo?”¹⁵

En “Ideas directivas...” encontramos que “El hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en ese Otro para sí misma, como lo es para él”.¹⁶ Es una orientación para leer las relaciones de Gide con Madeleine, "...que no ofrece, en el lugar ardiente

del corazón, más que un agujero. Parece clavarnos el lamento del amante sobre el lugar dejado desierto en el corazón viviente del ser amado. [...] ese toque mortal del que estaba afectado para él el amor, ese ‘No, nosotros no seremos verdaderos amantes, amada mía’”.¹⁷

Gide en su “Diario íntimo”, nos hace testigos de sus intentos por descifrar el acto de Madeleine:

“¿Comprendía ella que de ese modo suprimía la única arca en que, más tarde, podía esperar mi memoria encontrar un refugio? A esas cartas había confiado yo lo mejor de mí mismo: mi corazón, mi alegría, y las mudanzas de mi humor, y la ocupación de mis días... Sufro como si hubiese matado a nuestro hijo”.¹⁸

Para situar el acto de Madeleine, nos es propicia la enseñanza de Lacan en *Aún*, cuando afirma que “el goce del Otro no es signo de amor” y que “el amor, aunque se trate de una pasión que puede ser la ignorancia del deseo, no por ello es capaz de privarlo de su alcance. Cuando se mira de cerca, se pueden ver sus estragos”.¹⁹

Es de esperar que ese *mirar de cerca* nos oriente en lo que acude a hacerse escuchar como *mujer síntoma*, en nuestros días.

Notas

¹Musachi, G., “El fuego femenino. Representaciones. Feminidad. Sexualidad.”, Maestría en Clínica Psicoanalítica-IDAES- UNSAM, 2012, inédito.

² Laurent, E., Conferencia “Las mujeres, entre semblantes y síntoma”, Pronunciada en las Primeras Conferencias Internacionales Jacques Lacan, Barcelona, mayo 2016., en:
<<https://radiolacan.com/es/podcast/primeras-conferencias-internacionales-jacques-lacan/3>>

³ Lacan, J., “Juventud de Gide, o la letra y el deseo”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As. 1987, pp. 722-723.

⁴ Lacan, J., “Juventud de Gide...”, *op. cit.*, p. 727.

⁵ *Ibíd.*, pp. 726, 728-729.

⁶ Miller, J. -A., *Acerca del Gide de Lacan, Malentendido 7*, Bs. As., 1990, p. 47.

⁷ Lacan, J., “Juventud de Gide...”, *op. cit.*, p. 729.

⁸ Freixas, L., “Prólogo”, *André Gide Diario*, Alba, Barcelona, 1999, pp. 18-20.

⁹ Lacan, J., “Juventud de Gide...”, *op. cit.*, pp. 729, 734.

¹⁰ Gide, A., *Et nunc manet in te. Diario íntimo*, Losada, Bs. As., 2011, pp. 50-51.

¹¹ Laurent, E., ¿Qué es un órgano del cuerpo? El cuerpo en el psicoanálisis y en las neurociencias, Facultad de Psicología de la UBA, 30 de noviembre de 2006, en
<<http://ampblog2006.blogspot.com/2006/11/conferencia-de-eric-laurent-en-la.html>>

¹² Freixas, L., “Prólogo”, *op. cit.*, p. 9.

¹³ Lacan, J., “Juventud de Gide...”, *op. cit.*, p. 740.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 740-741.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 736.

¹⁶ Lacan, J., “Ideas directivas para un Congreso sobre la sexualidad femenina”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As. 1987, p. 711.

¹⁷ Lacan, J., “Juventud de Gide...”, *op. cit.*, p. 742.

¹⁸ Gide, A., *Et nunc manet in te. Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 72.

¹⁹ Lacan, J., (1972-1973) *El Seminario, Libro 20, Aún*, Paidós, Bs. As., 1989, p. 12.